

Prólogo

Narcís Serra
Presidente de CIDOB

Gustavo Suárez Pertierra
Presidente del Real Instituto Elcano

Jesús Sanz
Director General de Casa Asia

Nuevamente, las tres instituciones que presidimos se felicitan por la publicación de la edición del Anuario Asia-Pacífico, la obra académica de referencia en los estudios sobre Asia en español, que alcanza con ésta su sexta edición.

Mucho ha llovido desde 2004, cuando los tres centros convinimos en llevar adelante un proyecto editorial que nos acercase a la actualidad de una región aún muy desconocida para el público español. El objetivo era congregiar las reflexiones más cualificadas del panorama internacional y los hallazgos de los principales investigadores españoles y latinoamericanos, que obtenían así una nueva plataforma de difusión de su trabajo.

La renovada importancia del Asia emergente en el panorama internacional, que hoy resulta tan evidente, era entonces materia más propia de especialistas y emprendedores, que nos reclamaban la necesidad de disponer de un observatorio actualizado periódicamente. Decidimos trabajar bajo los grandes epígrafes de política y seguridad, economía, y sociedad y cultura, que debían complementarse con información eminentemente práctica como los indicadores estadísticos, las cronologías y los mapas.

Y si bien es cierto que la historia de este proyecto es aún breve, los cambios que el continente ha experimentado en estos seis años han sido enormemente relevantes, tanto como apasionante ha sido seguirlos mientras tenían lugar en el otro extremo del planeta. Acontecimientos como, por ejemplo, la emergencia sólida y espectacular de la economía china, que durante más de dos décadas no ha dejado de crecer a un ritmo cercano a las dos cifras. Baste decir que en este periodo, su tamaño se ha multiplicado por cuatro, hasta alcanzar el 16% del PIB total mundial, mientras que el PIB de Europa se ha reducido del 30% al 20%. Según Goldman Sachs, la economía china alcanzó a la japonesa en volumen del PIB en 2009. Y no parece una tendencia que pueda revertirse, más bien al contrario, las previsiones apuntan a que alcanzará a Estados Unidos en 2025 y devendrá la primera economía del mundo en 2030. Tras empezar algo más tarde, la India será en 2030 la tercera economía del mundo, y alcanzará en PIB a Estados Unidos a mediados del presente siglo.

Sin embargo, y como nos recuerda Kishore Mahbubani en su contribución a la presente edición del Anuario, se trata de un fenómeno que, bajo cualquier consideración moral, conlleva un beneficio para la humanidad ya que, con el desarrollo dichas economías, mejoran las condiciones de vida de 2.500 millones de personas, un 40% de la población mundial. Desde 1980 y solamente en China, 500 millo-

nes de personas han superado el umbral de la pobreza. Esto equivale a decir que, en dicho periodo, de cada dos personas que salieron de la pobreza en el mundo, una era china. Y es de prever que pronto también el crecimiento indio contribuirá a esta *asianización* del desarrollo, dado el enorme potencial para la mejora que ofrecen aún sus 500 millones de pobres, la mitad de toda su población. Es cierto que en muchos casos se sustituye pobreza por vulnerabilidad, y por lo tanto, hablamos tan sólo de un primer paso hacia un nivel de desarrollo humano medio, pero también es cierto que ese pequeño paso lo han dado en Asia ya centenares de millones de personas.

De la mano de este cambio de necesidades vitales, Asia experimenta también una mutación de los deseos y las aspiraciones de sus habitantes, un cambio que tiene efectos también sobre la cultura de las sociedades, entendida en su sentido más amplio. Estos cambios, que afectan a las prácticas religiosas, las tradiciones y las estructuras sociales y familiares, modifican los conflictos internos y, con ello, las capacidades de los distintos sistemas políticos para responder a las demandas de la población. Y son también cambios en las aspiraciones y los sueños de las personas, que a veces se encuentran tras su decisión de abandonar su país y buscar una vida mejor en el exterior. Tras ellos se encuentra, a diferencia de otros periodos históricos vividos a la luz del esplendor de Asia, una gran interconexión de la región con el resto del mundo que, gracias a la proliferación de los nuevos medios de comunicación y de transporte, nos han acercado un poco más a todos y han favorecido una –por otro lado inevitable– apertura hacia el exterior, sustentada en los crecientes intercambios comerciales y la lluvia de inversiones exteriores.

Es obvio que son muchos los retos de futuro que esta situación ofrece –no solamente para Asia sino para el resto de mundo. Retos que, en materia de relaciones internacionales, apelan a la necesidad de adquirir mayores cuotas de poder político y diplomático en los foros internacionales, que vayan parejas al creciente poder económico asiático. Las potencias asiáticas llaman a la puerta de todos los foros políticos y económicos, que, de manera inevitable, transformarán la toma de decisiones mundial adoptando la forma de un nuevo sistema multipolar de relaciones internacionales (con toda certeza asimétrico), en el que China e India, como núcleo del grupo de países emergentes, ocuparán un papel central.

Con mayor o menor entusiasmo, son muchos los autores y analistas que pronostican que el siglo que ahora empieza podrá leerse como el siglo del auge asiático y de la instauración de un sistema internacional multipolar que sea capaz de distribuir las responsabilidades del poder estadounidense y europeo que, por otro lado, han dado ya serias muestras de agotamiento. Sería irrealista pensar que a Washington va a surgirle un rival a su altura en materia de seguridad tradicional (de corte militar) en el corto plazo; sin embargo, la potencia deberá buscar nuevos socios para ordenar la economía mundial y, particularmente, promover el desarrollo de la sociedad internacional. La reciente crisis económica global ha desvelado, entre otras muchas evidencias, hasta qué punto la compleja arquitectura internacional financiera es frágil cuando se sustenta en escasos puntales. Y posiblemente, de la recuperación de la crisis surgirá la necesidad de redistribuir el peso de las responsabilidades entre un abanico más amplio de socios, una palabra que en sí misma entraña también la distribución de responsabilidades y de beneficios.

Por todo ello son tan necesarios esfuerzos como el que constituye este Anuario. Una apuesta de las tres instituciones que presidimos por fomentar un diálogo permanente que dé lugar a un mayor y más profundo conocimiento mutuo. Porque estamos convencidos que ése es el camino para combatir los prejuicios y la incompreensión que se esconden detrás de tantos y tantos conflictos.